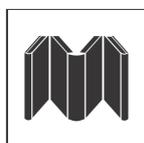


MARIA NIKOLAI

La mansión
de los
chocolates

Traducción:

MARTA ARMENGOL ROYO y ELENA ABÓS



MAEVA

1

*Fábrica de chocolate y dulces Rothmann de Stuttgart,
finales de enero de 1903*

LA CAMPANILLA DE la entrada delató con su tintineo familiar la llegada de Judith Rothmann a la tienda de la fábrica de dulces de su padre. Cerró la puerta tras de sí con cuidado y frotó con rapidez las botas mojadas en la esterilla. Hacía un tiempo terrible. Como si no bastara con el viento y la niebla, había llegado la lluvia, y ya llevaban varios días así.

A pesar de eso, Judith hizo las paces con el mundo exterior en cuanto la puerta estuvo cerrada y se vio envuelta por el aroma inconfundible a chocolate y golosinas que reinaba en la tienda. Le cambió el humor. A paso apresurado, cruzó la estancia decorada con profusión con espejos, estantes dorados y estuco y, como de costumbre, dio un repaso a los expositores.

Innumerables exquisiteces se ofrecían sobre el lustroso mostrador y las vitrinas lacadas de blanco que forraban las paredes. Allá donde se posara la vista había cuencos y bandejas, bomboneras de cristal y latas adornadas cuyos contenidos eran de lo más tentador. Delicias de chocolate rellenas de fruta confitada o mazapán al lado de piruletas de azúcar bañadas en chocolate, y un sinfín de tabletas de chocolate junto a bombones de todo tipo. Una selección exclusiva de manjares de la chocolatería Rothmann aguardaba a que se fijaran en ella envuelta en delicado encaje dentro de preciosas cajas de madera pintada.

Esa tarde de jueves, la tienda estaba muy concurrida. Mientras Judith iba de arriba abajo recolocando los recipientes, se metió en la boca disimuladamente uno de sus dulces preferidos y se centró en la ácida dulzura del chocolate negro relleno de frutos rojos derritiéndose en su boca. Al mismo tiempo, observaba con discreción a la clientela.

Un caballero vestido con un traje elegante se había quitado el sombrero mientras buscaba, al parecer, un obsequio apropiado para una visita vespertina. Lo más probable era que quisiera deleitar a alguna querida, porque se decidió por un surtido de escogidos bombones y una rosa de azúcar de filigrana teñida de rojo. Junto a él, dos muchachas adolescentes se inclinaban entre risitas sobre un cuenco de grageas de vivos colores. En el mostrador de al lado, tres señoras ataviadas con carísimos vestidos de seda pedían que les mostraran lo mejor que la tienda pudiera ofrecerles, mientras una madre se veía en apuros, pese a la ayuda enérgica de la institutriz que la acompañaba, para atar en corto las peticiones de sus cuatro ruidosos y alborotados hijos.

«El próximo verano deberíamos vender helados», se dijo Judith mientras observaba a los revoltosos niños, y decidió que lo hablaría con su padre. Hacía poco, había adquirido de segunda mano un libro de recetas de Agnes Marshall, y estaba totalmente fascinada por la máquina de helados que describía, que conseguía convertir una mezcla de leche, nata, azúcar y aromas en una crema fría. Su imaginación había tomado las numerosas ideas para dulces de la cocinera inglesa y las había refinado, y ya podía ver a la empresa Wilhelm Rothmann como la primera productora de helado de membrillo, piña, vainilla y, sobre todo, de chocolate de Stuttgart. ¿Tal vez podrían conseguir que su padre se convirtiera en proveedor de la corte?

Judith estaba orgullosa de lo que su familia había logrado. Además, aquel era su oficio. Tan pronto como puso un pie en el mundo del chocolate, empezó a agitarse por el entusiasmo y las ideas. Tenía el anhelo secreto de lograr, algún día, tener voz y

voto en el destino de la fábrica Rothmann, por más que su padre tachara todas sus insinuaciones al respecto de disparates de niña consentida. Según él, el lugar que correspondía a las mujeres estaba en segundo plano, llevando la casa y criando a los hijos. Pero Judith era consciente de que aquello no tenía por qué ser un obstáculo insalvable. En muchas ciudades, como Múnich o Berlín, cada vez había más mujeres al frente de negocios. ¿Por qué no iba a ser eso posible también en Stuttgart?

Mientras pensaba en todo esto, terminó su repaso y se acercó finalmente a una de las tres dependientas que, con vestidos negros y delantales blancos recién almidonados, atendían a la clientela.

—Señorita Antonia, hoy no se olvide de recomendar a los clientes las galletas de menta fresca. Lo mejor será que coloque las cajitas en el mismo mostrador.

—Por supuesto, señorita —respondió la muchacha, y se apresuró a cumplir la orden.

Entre tanto, el grupo compuesto por la madre, la institutriz y los niños había terminado sus compras y se disponía a abandonar el lugar. Hubo un pequeño altercado en la puerta, pues los cuatro niños querían ser, cada uno, el primero en salir. La institutriz, cargada con un montón de paquetitos, recibió un empujón que la hizo trastabillar, y dejó caer una parte de su carga. Mientras intentaba recogerla, el más pequeño tropezó con una de las cajitas, cayó cuan largo era sobre el suelo embaldosado y se echó a llorar a gritos al instante.

—¡Haz el favor de estarte quieto! —le espetó la institutriz, mientras la madre se limitaba a mirarlos por encima del hombro e, imperturbable, hacía salir al resto de su prole a la intemperie. Los lloros se volvieron más ruidosos mientras el niño seguía tendido en el suelo. La preceptora siseó otra regañina antes de enderezarse y afanarse en recoger sus paquetes.

Para evitar que la situación fuera de mal en peor, Judith agarró un caramelo de membrillo, se lo dio al pequeño llorón y lo

ayudó a levantarse. Al mismo tiempo, Trude, otra dependienta, se acercó a la institutriz para ayudarla a recoger los paquetes que seguían desparramados por el suelo, y cerró la puerta aliviada cuando por fin se fueron.

El resto de clientes, que habían seguido el desaguisado medio molestos, medio divertidos, volvieron a sus menesteres. Con un escueto gesto de la cabeza, Judith se despidió de las dependientas y salió por una puerta lateral a la amplia escalera que conectaba la tienda con la fábrica.

Ahí empezaba la vibrante vida interior de la empresa, un reino encantado de cacao, azúcar y especias que Judith adoraba desde que, de niña, entró por primera vez, embelesada y maravillada, en la fábrica de chocolate. Sin embargo, en ese momento sentía un nudo en el estómago, algo que no era nada habitual.

Durante el desayuno, su padre había dejado caer que tenía algo importante que hablar con ella por la tarde y Judith llevaba todo el día preguntándose de qué se trataría. Ese tipo de vaguedades no eran propias de él y, como la curiosidad e inquietud que Judith sentía eran cada vez más grandes, había decidido ir a verlo a su despacho de inmediato. Tal vez pudiera darle alguna pista, aunque Judith sabía que a su padre no le hacían ninguna gracia las visitas personales en horario de trabajo.

Ignorando las advertencias de su conciencia, subió con decisión los escalones hasta el piso superior del edificio, donde se encontraban las oficinas de la empresa.

Un silencio industrial recibió a Judith cuando entró en la oficina. Una docena de caballeros en traje y corbata se afanaban en escritorios de madera lacada de roble. Con total concentración, llevaban los libros de cuentas sobre la actividad y la producción de la fábrica de chocolate. Allí olía a tinta y a papel, a abrillantador, a encerado y al agua de colonia de los empleados. Cuando estos advirtieron la presencia de Judith, uno de ellos se le acercó apresuradamente.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita Rothmann?

—¿Está mi padre en su despacho?

—Por supuesto. Enseguida la anuncio.

—No será necesario. ¿Está solo?

—Ahora mismo no tiene ninguna visita, señorita.

Judith asintió. Mientras el contable regresaba a su mesa, se dirigió a un despacho que se encontraba en el extremo opuesto de la oficina, llamó a la puerta acristalada de colorida filigrana y entró.

En pie junto a la ventana, su padre contemplaba la calle que había delante de la fábrica. Al oír a Judith, se giró con un respingo, como si acabaran de sorprenderlo haciendo algo prohibido.

—¡Judith! —Parecía irritado—. ¿A qué has venido? —Regresó de inmediato a su imponente escritorio, meticulosamente ordenado, en cuyo centro había un libro de cuentas abierto—. ¿Han vuelto a meterse en un lío tus hermanos?

—No, padre —afirmó Judith con una sonrisa cauta—. Esta vez no.

—Pues estaría bien que fueras a encargarte de ellos antes de que pase algo.

—No se preocupe, padre, Robert los está vigilando.

El mayordomo de la familia se había llevado a sus alborotadores hermanos gemelos de ocho años a hacer un recado.

—He venido porque tengo una sugerencia que hacerle —empezó Judith. Esperaba poder sonsacarle qué era aquello tan importante que quería decirle si le hablaba de negocios.

—Ahora no tengo tiempo —replicó su padre mientras echaba mano de un lápiz—. Será mejor que te vayas a casa. O que ayudes a preparar los paquetes de muestra para los viajantes. Hablaremos por la noche.

—Pero es que creo que es algo importante. —Judith no iba a amilanarse fácilmente—. Siempre anda usted buscando nuevas ideas para productos, ¿no es así?

—¿Y tú vuelves a tener algo que decir al respecto?

Judith ignoró el sarcasmo que rezumaban sus palabras.

—Sí, si me lo permite. Aún es algo pronto, pero hay cosas que deben planificarse bien. Es lo que siempre dice usted, padre. Y por eso pensaba que tal vez sería buena idea ofrecer helados este verano.

Su padre soltó una risa mordaz.

—¿Y eso es lo que entiendes tú por importante? Anda, Judith, hazme el favor y déjame trabajar. Aquí está todo patas arriba. No puedo ponerme a pensar en helados.

—Hay ideas que no pueden aplazarse —insistió Judith—. Acabo de ver unos niños en la tienda que, de bien seguro, estarían encantados con un helado. Hay que pensar en muchas cosas, por supuesto, como el almacenaje en frío y el transporte, pero...

—Venga, cállate, por favor. —Su padre se impacientó—. Tal vez tu idea tenga algún interés, pero aquí estoy con el agua al cuello. Vete a casa. Lo mejor será que mande llamar a Theo para que te lleve. Y en verano, de todas formas, tendrás mucho que hacer como para andar preocupándote por la producción de helados.

Judith aguzó el oído.

—¿Qué quiere decir con eso, padre?

—No quiero decir nada. —Tamborileaba con los dedos sobre la mesa—. Sabes perfectamente lo que un padre puede esperar de su hija adulta. Pronto estarás ocupada completando tu ajuar.

Durante un momento, un silencio tenso se apoderó de la habitación mientras Judith intentaba hacerse a la idea de lo que acababa de oír.

—Quiere decir que tengo que...

—Vas a casarte, eso es lo que quiero decir. Tienes veintiún años, edad de sobra para ello. Iba a decírtelo esta noche, pero ya está. Ahora ya lo sabes.

Y, con eso, volvió a zambullirse en su trabajo.

—Pero ¿con quién voy a casarme? —preguntó Judith horrorizada. Apenas podía creer lo que su padre acababa de decir, por más que hiciera tiempo que barruntaba algo así—. Si no tengo ningún pretendiente, ¿verdad?

—Aún no, pero eso no seguirá así mucho tiempo —respondió su padre mientras empezaba a llenar de anotaciones una hoja del libro de cuentas—. Te presentaré en sociedad en el momento adecuado. Confía un poco en mí.

A Judith le temblaban las rodillas. Su mal presentimiento no iba errado. Era eso lo que quería decirle. Iba a casarla sin que ella tuviera ni voz ni voto.

Le costó mucho contener el impulso de contestar con una grosería. Una contestación fuera de lugar no haría más que empeorar las cosas. Apretando los puños, giró sobre sus talones y salió precipitadamente del despacho. Con las botas repiqueando sobre la madera, corrió escaleras abajo mientras por las mejillas le corrían lágrimas que no quería dejar salir.

¿Era mucho pedir que esperara un poco antes de casarla? Al menos hasta que ella pudiera elegir un marido por sí misma. Un hombre que le gustara, para empezar. Y que aceptase, quizá incluso que apreciase, lo mucho que a ella le encantaba trabajar en la fábrica de chocolate y entendiera que no quería marchitarse encerrada en casa como su madre.

Judith se arrebujó en su abrigo y salió a enfrentarse a la tarde lluviosa. No notaba ni la lluvia ni el frío mientras deambulaba sin rumbo por las calles de Stuttgart hasta que se encontró en la estación del tren cremallera. Subió a uno de los trenes con destino a Degerloch, el balneario de montaña junto a la antigua villa real, donde vivía con su familia en una finca dentro de una urbanización de reciente construcción. Durante el trayecto a casa, su desesperación se convirtió en su espíritu rebelde habitual. Nadie debería poder decidir así sobre su vida y su futuro. Ni siquiera su padre.

2

*Fortaleza prusiana de Ehrenbreitstein junto a Coblenza,
finales de febrero de 1903*

DEL CIELO NEBLINOSO de la mañana caía una luz pálida que no llegaba a acariciar la tierra y no lograba ahuyentar ni el frío de la noche ni sus sombras. En el aire preñado de niebla y del humo que salía de las numerosas chimeneas se perdían los colores y las voces, se difuminaban los contornos de la ciudadela y hasta la poderosa corriente del río Mosela, que corría a los pies del promontorio rocoso desde tiempos inmemoriales, parecía enmudecer.

El chasquido familiar del pestillo de la puerta de su celda al abrirse quebró la quietud de la mañana. Victor, que se encontraba junto a la ventana enrejada, el único lugar por el que la luz del día penetraba la austera habitación, se dio la vuelta e hizo un gesto con la cabeza al guardia que acababa de entrar.

Había llegado la hora.

Por última vez, recorrió la celda con la mirada, sus humildes muebles de madera y el camastro de hierro sobre el cual había dejado doblada con pulcritud la manta de cuadros blancos y azules. Entonces se puso su abrigo raído, levantó del suelo su gastada maleta, tomó su sombrero y siguió al guardia hasta el exterior de la fortaleza, bajo el frío hostil de la mañana. Cruzaron el patio superior hasta llegar al frente este. Se detuvieron un momento ante las cuatro columnas del pórtico y Victor admiró una vez más el efecto de la fachada amarillo pálido del edificio,

cuyo estilo clásico contrastaba con la apariencia marcial del resto del fuerte. Finalmente, lo condujeron al despacho del comandante de la fortaleza en el primer piso, encima de la guardia principal.

Cuando volvió a salir al exterior media hora más tarde, pidió al guarda que lo dejara solo un momento. Este asintió y se detuvo mientras Victor pasaba junto a un grupo de soldados que se ejercitaban en el espacioso patio y se acercaba al muro exterior. En silencio, dejó el equipaje y se inclinó sobre la inmensa muralla.

Apenas se intuía la vista espectacular que, en días claros, se disfrutaba de Coblenza y los dos ríos, que describían en ese punto una larga curva antes de emprender su viaje en común hacia el norte. Las casas, los prados y los campos no eran más que siluetas. Las lejanas cimas de las montañas del distrito de Vulkaneifel, con sus lagos tranquilos y sus bosques frondosos, no se veían en absoluto.

Victor suspiró.

Se había imaginado de otra forma sus primeros instantes de libertad. Había soñado incontables veces con apoyarse en ese muro, como un pájaro estirando las alas. Había querido contemplar aquella inmensidad desde una atalaya antes de volver a apoderarse del mundo... y de que el mundo volviera a apoderarse de él.

El día de febrero inclemente y neblinoso hizo que disfrutara menos del momento, pero no iba a amargarse. Tras las duras lecciones aprendidas los últimos años, debía sobreponerse a las circunstancias adversas. Ya había pasado todo y eso era lo único que importaba. Se giró con brusquedad, recogió su maleta y se dejó acompañar los últimos metros.

El camino a la libertad pasaba por el puesto de guardia de la puerta de piedra hasta el fuerte Helfenstein, río arriba, y desde allí había que ir cuesta abajo, dejando atrás más puestos de guardia y puertas hasta llegar al pueblo de Ehrenbreitstein.

A cada paso que daba por la tosca calzada de roca cubierta de maleza, Victor ponía tierra de por medio con la inmensa y supuestamente inexpugnable fortaleza que se alzaba por encima de él. Las finas suelas de sus zapatos resbalaron más de una vez por culpa del suelo fangoso. Consiguió recuperar el equilibrio después de cada traspie, y eso lo llenó de un orgullo exagerado. Soplicos intermitentes de viento le frotaban la nuca con un frío húmedo que lo hacía estremecerse. Cuando por fin llegó a la ciudad, las rodillas le temblaban del esfuerzo.

Tuvo que esperar en el puente de barcos a que el pontón se cerrara tras un pequeño barco de vapor, después de lo cual cruzó el Rin, pagó el peaje de dos pfennig y alcanzó por fin el paseo fluvial junto al Rin a su paso por Coblenza.

El manto de nubes se había deshilachado.

Victor titubeó.

Entonces miró hacia atrás por última vez, al monumento que se alzaba desafiante sobre el acantilado, cuyos muros bastos y sin encalar se iban dibujando lentamente a medida que avanzaba el día.

La fortaleza de Ehrenbreitstein había sido su prisión durante dos años; testimonio afilado del poder prusiano al oeste del Reich, era una inmensa maraña de pasillos, puentes, vías de suministro, habitaciones de soldados, viviendas, cámaras de artillería, muros de un metro de grosor, zanjas y puertas. Ahí había hecho penitencia por un duelo que habría preferido evitar y cuyo desafortunado resultado lo había lanzado de cabeza a la categoría de criminal condenado. Al menos había tenido el privilegio de ser destinado honrosamente al presidio de la fortaleza en Coblenza, lejos de Berlín y de los recuerdos acuciantes que asociaba a su ciudad natal.

Oyó gritos y risas, la sirena de un barco, el ladrido de un perro. El mundo había recuperado la voz y hasta el crudo viento invernal le parecía lleno de vida.

Echó a andar con ímpetu. Sus piernas parecían llevarlo cada vez más deprisa y una repentina felicidad le recorría la cabeza y el cuerpo. Sin embargo, a pesar de la euforia que lo envolvía, era muy consciente de que la libertad que acababa de recuperar no solo entrañaba un sinfín de posibilidades, sino también un cierto peligro. Y, con la misma voluntad con la que pretendía empezar su futuro, iba a tener que hacer las paces con su pasado.

Llegó al imponente edificio de piedra de dos pisos de la estación de tren de Coblenza. El paseo lo había hecho entrar en calor, aunque su respiración se condensaba en el aire tan pronto el aliento pasaba entre sus labios. Compró un billete y tomó asiento en un banco de la sala de espera. Faltaba una hora para que llegara su tren.

En una esquina del amplio edificio descubrió a un niño y una niña, probablemente hermanos, revoloteando alrededor de una máquina expendedora. Su institutriz estaba sentada no muy lejos de ellos, aburrída, con la nariz enterrada en un libro. Los niños parecían estar disputando una pelea en toda regla por el contenido de la máquina en la que la niña no le iba en absoluto a la zaga a su hermano. Finalmente, ella enarboló con gesto triunfal una pequeña tableta. Chocolate, comprobó Victor, divertido. Con el tesoro en la mano, la niña echó a correr, y su hermano, con cara larga, no tardó en salir detrás de ella.

Victor no pudo contener su curiosidad. Las máquinas expendedoras siempre lo habían fascinado, y esa parecía bastante nueva. Se levantó y observó discretamente el aparato. Stollwerck. Era una empresa de Colonia que llevaba años distribuyendo sus dulces de forma muy innovadora y que vendía sus máquinas expendedoras por todo el mundo para ofrecer, entre otras cosas, jabón, pero también billetes de tren en las estaciones.

La máquina, de hierro fundido pintado de azul y gris, le llegaba hasta la barbilla. Tras un escaparate de cristal enmarcado se veían varios cajones que contenían tabletas de chocolate. Encima, una ranura para introducir las monedas y una placa lacada

que explicaba el funcionamiento del aparato. Una tableta costaba diez pfennig. Victor hizo un rápido cálculo del valor de las chocolatinas expuestas en la máquina y llegó a la conclusión de que aquel era un negocio de lo más lucrativo para la empresa Stollwerck. Renunció a comprar una chocolatina, pero sintió que su mente creativa despertaba. Mientras regresaba a su asiento, empezó a imaginar un artilugio parecido a esa máquina expendedora.

Tan pronto se asentara en su nueva ciudad y encontrara un lugar donde vivir, intentaría elaborar un diseño. Seguía pensando en ello cuando sacó un papelito doblado del bolsillo del pantalón en el que había anotada una dirección: «Edgar Nold, Silberburgstrasse, Stuttgart».

A Victor nunca se le habría ocurrido elegir Stuttgart como lugar para probar suerte después de su liberación, pero, desde que un compañero de cárcel le había recomendado encarecidamente la antigua villa real en el sur del país, no se la quitaba de la cabeza. Stuttgart parecía una ciudad emergente, que ofrecía buenas posibilidades laborales, y se encontraba lo bastante lejos de Berlín como para asegurarle un nuevo comienzo sin trabas. Allí nadie sospecharía de él.

Pocos días antes, su compañero le había dado la dirección de un pariente lejano, un tal Edgar Nold, que lo acogería a su llegada. Así le sería más fácil asentarse en su nuevo entorno.

El tren de Victor llegó al fin con un fuerte pitido y se detuvo con un chirrido de los frenos. Un coloso de acero, rodeado de vapor y nubes de humo. Los viajeros se apearon de los vagones de primera clase. Iban envueltos en cálidos chales o largos abrigos y los caballeros llevaban los sombreros bien calados. Algunas de las señoras se cubrían con valiosas pieles y escondían las manos en manguitos forrados de pelo mientras sus criados se afanaban con el equipaje y se apresuraban a abrir paraguas que protegieran a sus señores de las inclemencias del tiempo. Los menos afortunados descendieron del resto de vagones, llevando

consigo su propio equipaje. Todos se dirigieron hacia la salida a toda prisa.

Victor salió de la estación y fue al andén. Esperó con paciencia a que el gentío de pasajeros se hubiera repartido entre los vagones. Guardó su maleta en un compartimento de tercera clase, se sentó en el banco de madera y contempló las idas y venidas por el andén a través de la ventana empañada.

Las puertas por fin se cerraron. Con un pitido estridente, el tren se puso en marcha con esfuerzo.

Su nueva vida había empezado.

3

*Stuttgart, residencia de los Von Braun,
una tarde de marzo de 1903*

AQUEL LÍQUIDO VERDE rielaba de una forma apetecible. Los reflejos de la absenta quedaban atrapados en cada una de las tres copas globo de cristal que había sobre la mesa y, a la media luz de las velas, daban como resultado el ambiente único de una *heure verte* francesa.

El ánimo de los tres jóvenes, que se habían reunido esa tarde para llevar a cabo un extravagante ritual que hacía tiempo que compartían, era, como no podía ser de otro modo, distendido.

Fue el esbelto Edgar Nold quien trajo la primera botella de aquella bebida de ajeno de un viaje a París, muy impresionado por la elegante desidia con la que los intelectuales franceses celebraban la «hora verde». Su alma de artista se había rendido a los encantos de aquel licor, cuyo regocijo prometía mucho más que una embriaguez absoluta. Lo embargaba la sensación de elevarse de una forma muy peculiar por encima de todo, libre de molestias e incomodidades. Verdaderas molestias e incomodidades, como el éxito como pintor que nunca le llegaba. Ojalá no le costara tanto capturar paisajes realistas sobre el lienzo o realizar retratos. Había mucha demanda de ambas cosas entre las familias respetables de Stuttgart, dispuestas a pagar generosamente, pero su talento no consistía en la réplica fidedigna de la realidad ni en semblanzas aduladoras de una élite engreída. Llevaba tiempo, en cambio, trabajando con filigranas

decorativas y delicados diseños florales que resultaban alegres y livianos en lugar de pomposos y recargados. Era cierto que le reportaban poco dinero, pero Edgar tenía fe en su talento. Había visitado Múnich en varias ocasiones y allí había encontrado a una nueva generación de artistas, gente como él, algo que lo había animado a intentar comenzar una carrera como ilustrador de la revista *Jugend*. La publicación se había fundado hacía siete años y era un foro popular para aquella nueva corriente artística. El amable pero inequívoco rechazo que recibió su solicitud lo había afectado mucho: sus dibujos, le dijeron, eran demasiado tradicionales. Edgar ya no entendía el mundo. Para Stuttgart era demasiado moderno; para Múnich, demasiado conservador.

Más tarde, de eso hacía pocos meses, había vuelto a trasladarse a la capital francesa. Su padre le había pagado el billete de mala gana y le había recriminado que, a sus casi veintiocho años, siguiera dependiendo económicamente de él. Sin embargo, ese viaje resultó ser la pieza que faltaba en el rompecabezas: Edgar por fin pudo ver su futuro con claridad. En sus numerosos paseos por París se había dedicado a estudiar los carteles de publicidad que colgaban por todas partes de muros y columnas y anunciaban todo lo imaginable: cigarrillos o licores, un sastre de caballeros, una librería, la ópera, teatros o locales de entretenimiento como el Moulin Rouge. Había observado carteles de años anteriores en las galerías de arte, seducido por el estilo minimalista del difunto Henri de Toulouse-Lautrec y los atrevidos diseños coloristas de un tal Jules Chéret.

Cuando por fin regresó a casa tras unos días y noches agotadores, había tomado una decisión: su oficio sería el dibujo de carteles publicitarios y el diseño de envoltorios. Entretanto, había caído en sus manos un ejemplar del *Lehrbuch des modernen Geschäftspropaganda* (Manual de la propaganda comercial), de Bruno Volger. Desde entonces, se afanaba en plasmar las

ilustraciones que había en su interior mientras desarrollaba un estilo propio con la esperanza de poder poner un pie en el mundo de la publicidad y acabar por fin con sus estrecheces económicas. Tarde o temprano lo conseguiría.

Un débil tintineo interrumpió sus pensamientos sombríos y lo devolvió a la realidad.

Se pasó la mano por el pelo castaño claro y observó cómo Max, a su lado, ponía un terrón de azúcar sobre una cucharilla de plata con agujeros colocada sobre una de las copas.

Se conocían desde niños. Los tres eran hijos de prósperos empresarios cuyas familias eran amigas desde tiempos inmemoriales. Max, heredero del exitoso fabricante de maquinaria Ebinger; Albrecht von Braun, retoño del por aquel entonces banquero más influyente de Stuttgart, y él mismo, el pintor bohemio cuyo padre poseía una fábrica de jabón que andaba de capa caída en los últimos tiempos y veía con desprecio e incompreensión las ambiciones artísticas de su hijo.

Max le guiñó un ojo.

Edgar también se acercó una copa y una cucharilla para absenta y tomó un terrón de azúcar. Había llegado el momento de disfrutar de un rato de charla distendida entre hombres.

—A ver, Ebinger. Me he enterado de que pronto heredarás de tu viejo, ¿es cierto? —preguntó a su amigo mientras preparaba su cucharilla plateada igual que este había hecho antes.

—¡Ni dentro de cien años!

—Claro que no, pero dentro cincuenta, tal vez...

—Déjalo, Nold —intervino el jovial Albrecht, igual de ocupado con los preparativos de su bebida—. Sabemos que Max no tiene ningún interés en las máquinas tejedoras. Y que su padre preferiría hundir la empresa antes que dejársela a él.

—Piensa en lo bien que estarías, Ebinger —prosiguió Edgar—. Pide que te pongan una mesa y deja que tu padre siga al mando. Y, mientras, continúas trabajándote a todas las doncellas de Stuttgart.

—Ya se las ha cepillado a todas —dijo Albrecht mientras situaba su copa, debidamente lista, bajo uno de los cuatro grifos metálicos de la fuente de absenta que había en el centro de la mesa.

—¡Y hace tiempo ya! —contestó Max con sorna.

—Entonces deberías plantearte probar suerte en Berlín o en Múnich —le aconsejó Edgar—. Yo te recomiendo Múnich. Allí las mujeres son rollizas, toscas y dispuestas.

—Voy a irme a Italia —afirmó Max.

—¿Por aquella chica? —preguntó Albrecht, sinceramente sorprendido.

—¡Pues claro que por ella! —respondió Max con sarcasmo.

—Qué interesante, Ebinger —opinó Edgar—. Italia. ¿Y tu viejo te dejará ir?

—Es cosa mía, no suya.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

—No lo sé. Varias semanas, algunos meses.

Edgar soltó un silbido de admiración.

—Fíjate, eso no lo sabía. Tu padre va contando a todo el que quiera escucharlo que vas a entrar en la dirección del negocio. De un largo viaje no dice nada.

—Es que no lo sabe.

Albrecht soltó una exclamación ahogada mientras Max también ponía la copa bajo la fuente de absenta y abría cuidadosamente uno de los pequeños grifos.

Un delicado chorro de agua helada cayó sobre el terrón de azúcar y se coló por los agujeros de la cucharilla hasta alcanzar la absenta que había dentro de la copa. Entonces se produjo el efecto *louche*, que convirtió el color verdoso del licor en un líquido de un blanco lechoso.

—¡Ha despertado al hada verde! —exclamó Albrecht asombrado—. Es claramente bellísima y abiertamente mujer, Ebinger. ¡Lo que a ti te interesa!

Él también abrió un grifo y observó con fruición cómo el hada verde de su copa cobraba vida.

—No creáis que yo he desistido de encontrar una mujer —informó con voz sugerente—. Todo lo contrario.

Miró a sus amigos.

—¡Vaya, vaya, cuenta! —lo animó Edgar mientras abría también un grifo.

—¿Conocemos a la dama? —preguntó Max, que parecía aliviado de que la conversación hubiera dejado de girar alrededor de sus planes de viaje.

—La hija de Rothmann —aseguró Albrecht en tono triunfal.

—¿Judith Rothmann? ¿En serio? —Max se quedó mirando a Albrecht con perplejidad mientras meneaba la cabeza, incrédulo—. Nunca lo habría dicho.

Satisfecho, Albrecht dio un sorbo a su copa.

—Muy guapa —afirmó Edgar—. Pelo rubio y ojos azules. Una mezcla de cobalto y azul ultramar. Y tiene una figura admirable... —Dibujó con un gesto de la mano una silueta voluptuosa. Max no pudo evitar lanzar una pulla al poco agraciado Albrecht:

—Cuando se trata de dinero, las mujeres tienen pocos remilgos.

—Su padre está forrado, el dinero no tiene nada que ver —opinó Albrecht, molesto.

—Siempre tiene algo que ver —contestó Max.

—No hagas caso a Ebinger —medió Edgar mientras alzaba la copa—. ¿Podemos brindar con absenta por la buena noticia?

—Con absenta brindamos por nuestra soltería, amigos míos —respondió Max con vehemencia.

—Ya, para ti el matrimonio no significa nada, Ebinger —se burló Albrecht, que seguía escamado—. Una sola mujer te duraría una semana, como mucho.

—Bueno, igual la hija de Rothmann me duraría dos —intervino Max con una sonrisilla.

Albrecht resopló.

—¿Y cuándo va a ser el gran día? —preguntó Edgar para calmar los ánimos.

—Aún no se ha fijado. —Albrecht vació su copa de un trago.

—Pero ya has hablado con ella, ¿no? —lo mortificó Edgar.

—En persona, no. Mi padre habló con su padre. Y ya está todo decidido.

—Bueno, entonces ya no hay nada que se interponga entre vosotros. ¡Estamos contigo! —Edgar se alegraba sinceramente por su amigo.

—¿Y no tiene la novia algo que decir en todo este asunto? —De repente, la voz de Max había adquirido un tono cortante.

—¡No estarás celoso, Ebinger! —gritó Edgar perplejo, mirando alternativamente a Max, moreno y atlético, y a Albrecht, paliducho y rollizo.

Max se limitó a enarcar una ceja.

—Ya sabéis —recalcó Albrecht— que las cosas importantes las deciden los hombres. Ha sido siempre así. Estos asuntos no conciernen a las mujeres, su mente no está hecha para tomar decisiones tan... importantes.

—Yo no estoy tan seguro —repuso Max.

—Se dice que Judith Rothmann es obstinada y ambiciosa. Yo no tengo tan claro que ya esté dicha la última palabra —añadió Edgar.

A Albrecht se le estaba subiendo a la cabeza el segundo vaso de absenta y se echó a reír con ganas.

—Ay, amigos míos, esta vez me toca a mí y, aunque no os lo creáis, ¡me casaré con la hija de Rothmann! Su viejo ya le habrá enseñado la obediencia debida. A vosotros os quedan el resto de señoritas de Stuttgart. A ti, Max, incluso una italiana de sangre ardiente, si tus planes de viaje salen bien.

Max revolvió su copa e hizo ver que no había oído esto último.

—Claro que sí, Albrecht. Además, seguro que Judith Rothmann deja frío a Max, él tiene la vista puesta en otros objetivos.

—Edgar intentó poner paz—. No sería tan idiota de acercarse a una joven. Se arriesgaría a tener que casarse en un abrir y cerrar de ojos. Y para ti, eso sería la antesala del infierno, ¿a que sí, Ebinger?

—Desde luego —respondió Max, lacónico, mientras dejaba gotear la cuchara y la ponía a un lado.

—Por cierto, tengo un compañero de piso desde hace poco —explicó Edgar para cambiar de tema—. Un expresidiario de Ehrenbreitstein.

—¿Dónde queda eso? —preguntó Albrecht con curiosidad por el nuevo tema de conversación.

—En Coblenza —respondió Edgar—. Lo encerraron por un duelo, es todo lo que sé. No me ha contado gran cosa.

—Si lo encarcelaron por un duelo, debía de ser militar —dijo Max—. Por lo que sé, hoy en día solo los militares se enzarzan en duelos.

—Podría ser. Viene de algún lugar de Prusia, según me contó —dijo Edgar pensativo—. Mi dirección se la dio uno de mis tíos, que está cumpliendo condena en Ehrenbreitstein. Debe de tratarse del poeta loco, un hermano de mi madre de Coblenza. Se metió en apuros por culpa de sus poemas. Creo que mi madre es la única que todavía le escribe de vez en cuando.

—Así que has metido en tu casa a un expresidiario —concluyó Albrecht—. Hace falta valor.

—Me parece de fiar. Y ya ha encontrado trabajo en la cervecería Dinkelacker. No creo que se quede conmigo mucho tiempo —explicó Edgar.

—Lo que tú digas —dijo Albrecht con afabilidad—. En lo que a mí respecta, tengo hambre. ¿Subimos a Degerloch a comer algo en el Löwen?

—¿Y a hacer una parada en casa de los Rothmann? —preguntó Edgar para provocarlo.

Albrecht sonrió.

Max apuró la copa de un trago.

—También podemos comer algo aquí.

—Sí, mejor nos quedamos aquí. Pero estirar las piernas y tomar un poco el aire no nos vendrá mal. ¿Qué os parece el Adler? —propuso Edgar.

—Por mí, bien. —Max se levantó.

—Por la comida, los duelos y las mujeres —bromeó Edgar mientras salían de la casa del banquero y se ponían en camino.